

experiencia del franquismo; quizá esta circunstancia, que yo le atribuyo, o sus consecuencias, que creo percibir, estén en la base de lo que ojalá sea la aportación decisiva de esta *Historia*: el comienzo de una refrescante reprobación de tópicos injustos y resobados.

Víctor García Ruiz
Universidad de Navarra

BORELLO, Rodolfo, *El peronismo (1943-1955) en la narrativa argentina*, Ottawa, Dovehouse, 1991, 267 pp.

A pesar de la asepsia formalista de buena parte de la crítica, no puede dejarse de lado la idea de que la literatura se produce en la historia, inmersa en un medio que determina el mensaje, las obsesiones y hasta el estilo de quienes se dedican a ella. Este libro de Rodolfo Borello se interna decididamente en el estudio de las relaciones entre historia y literatura en el terreno histórico, político y social. No en vano avisa su autor a quien busque enfoques estructurales o formalistas de que pierde el tiempo leyendo su estudio. Nada más lejos de la frialdad acostumbrada en tantos trabajos de crítica literaria. Por el contrario, Borello discute con sus textos, adopta un punto de vista personal y constantemente hace referencias a su interpretación del periodo más polémico de la historia política de Argentina desde la caída del dictador Rosas. No cabe duda de que, como él mismo confiesa, su enfoque no convencerá del todo a nadie: ni a marxistas, ni a liberales, ni a católicos oficialistas, ni, por supuesto, a los peronistas que, a fin de cuentas, son los más castigados. En este sentido, acaso la clave de la lectura política del autor esté en las siguientes líneas: «No

hay una obligada y mecánica relación entre la clase y las ideas; que un nacionalista puede ser fascista, populista, conservador o marxista» (p. 253). Es decir, el panorama tan complejo que dibujó el peronismo en la Argentina obliga a analizar fuera de esquemas apriorísticos y a tratar de reconocer las aspiraciones y contradicciones de cada uno de los grupos implicados. Borello se decanta por la postura negativa, aun reconociendo los innegables logros sociales de Perón. Sin embargo, al margen del valor que merezcan las críticas, muy bien documentadas por otro lado, de Borello, quizá la principal virtud de su trabajo sea la de mostrar las diferentes visiones que el fenómeno peronista obtuvo en la narrativa argentina, lo cual permite entender de un modo más cabal el texto en su contexto. Sin desdeñar en absoluto las cualidades artísticas, al contrario, potenciándolas si cabe, el contacto con las referencias históricas permite siempre una lectura más enriquecedora.

Es bien conocido de todos que el justicialismo no atrajo las simpatías de la clase intelectual argentina. De entre los pocos que se sumaron al movimiento del 17 de octubre, Borello distingue entre los católicos tradicionalistas (Marechal, Anzoátegui, Castellani, Rega Molina, etc...), algunos boedistas y martinfierristas (Cerretani, Olivari, Manzi, César Tiempo, etc...), forjistas, nacionalistas y autores de la generación del 40 (Juan Pinto, Arturo Jauretche, Scalabrini Ortiz, Sola González –y no Solá, por cierto–, Ramón Doll, etc...) y marxistas (Jorge Abelardo Ramos, Carlos Astrada, etc...). Llama la atención la diversidad ideológica de la nómina y no es casualidad, porque, de hecho, la adhesión de algunos narradores se debió a una atracción por aspectos parciales del «cambio» peronista.

La interpretación de dos novelas de Manuel Gálvez como representativas del catolicismo clerical de entonces muestra cómo existe

una valoración positiva por lo que supone el régimen de conquistas sociales, pero a la vez un rechazo aristocrático e instintivo del populismo. «Vivir en la multitud. A él lo horrorizaba»: con estas palabras de *El uno y la multitud* se resume perfectamente la posición de Gálvez.

Borello compara las descripciones de las manifestaciones peronistas por parte de Gálvez y las de un escritor abiertamente favorable al gobierno, Jorge Perrone en su novela *Se dice hombre*. La imagen asustada y despreciativa del primero contrasta con la románticamente fetichista del segundo. Pese al escaso mérito literario de *Se dice hombre* (y del resto de las novelas coetáneas y positivas), Borello destaca la manera de emplear el narrador en segunda persona, anticipándose a ciertas conquistas ulteriores de la «nueva novela» francesa. Cabe añadir, pienso yo, que de esta manera Perrone hace hincapié en el voseo como forma lingüística autóctona, muy del gusto nacionalista del momento. Otra obra que merece la atención es *La arena* de Miguel Ángel Speroni. Lo más llamativo de esta «novela de clave» parece ser, según Borello, la de manifestar cómo, incluso dentro de los partidarios de Perón, funcionaba la autocensura.

La izquierda oficial asistió, con el surgimiento del justicialismo, al derrumbe de sus esperanzas de situarse entre las opciones políticas importantes en la Argentina. Por eso, su visión es netamente negativa. *El precio* de Andrés Rivera, una novela bien escrita, aunque maniquea (casi todas las novelas analizadas lo son) y doctrinaria, es el modelo a través del cual se analizan las frustraciones del marxismo argentino. Los dardos van dirigidos, sobre todo, contra un sindicalismo que, según Rivera, estaba manchado de corrupción y no pretendía alterar los fundamentos de la estructura social. Asimismo, un detenido

y agudo examen de una obra tardía, *Proyección en 8 mm y blanco y negro, durante una reunión de familia un sábado a la tarde* (1987), de Jorge Andrade, revela las críticas a la época desde la mentalidad socialista no revolucionaria de la pequeña burguesía.

Entre los liberales conservadores se encuentran las mejores narraciones desde el punto de vista literario. Herederos de la tradición laica y sarmientina, los integrantes de este grupo bien asentado social y económicamente, se sintieron invadidos de nuevo por la barbarie, como en los tiempos de Rosas. La postura de Borges es de sobra conocida, así como la de Bioy Casares, autor de «Homenaje a Francisco Almeyra», su cuento más declaradamente político. Cabe señalar que Bioy se enmascara en un tiempo histórico anterior, con evidentes referencias al presente que entonces vivía. Se echa en falta, precisamente por esto, alguna mención a una novela tan excelente como *El sueño de los héroes*, la cual manifiesta de forma solapada una superposición muy interesante de planos temporales entre la Argentina de los años veinte y la de los cuarenta. Algunos liberales de entonces (Borges entre ellos) la leyeron también como un símbolo del triste momento político que ellos vivían.

En el apartado dedicado a los liberales era inevitable una referencia a «Casa tomada» del primer Cortázar y a otros cuentos de *Bestiario* (pp. 151-158) pero lo que más atención ocupa es el comentario de la magnífica trilogía novelesca sobre el periodo de Manuel Peyrou, autor no suficientemente conocido por desgracia. Asimismo, las páginas que se centran en la figura de Ezequiel Martínez Estrada entran maliciosamente en las contradicciones íntimas del escritor y se detienen en un interesante examen de relaciones intertextuales que vienen a acercar los tiempos de la «barbarie» rosista con los contem-

poráneos. En resumidas cuentas, la sensación de invasión y la denuncia de falta de «estilo» y de ética son los principales ataques que caracterizan a este grupo.

Tres figuras singulares (Murena, Sábato y Guido) mantienen posturas igualmente críticas. El estudio sobre Murena viene a demostrar cuán importante es a veces la lectura contextual de la literatura: así, «El coronel de caballería», rebasa la ambigüedad con que se presenta un cuento fantástico a primera vista y se revela como una transparente alegoría. Sábato, otro espíritu moralmente atormentado, toma el peronismo como decorado de fondo para *Sobre héroes y tumbas* y aprovecha, coincidiendo con Murena, para reprochar la conducta de los arribistas del dinero fácil que florecieron en tiempos de Perón (véase el retrato del señor Molinari). Beatriz Guido, por su parte, denuncia la tortura y la barbarie como armas represoras del régimen dictatorial en *El incendio y las visperas*.

En último lugar deja el autor a dos representantes de lo que denomina el «realismo crítico»: Germán Rozenmacher y David Viñas. Las páginas dedicadas a éste último resultan ser un seguimiento de su primer libro de relatos y el desarrollo de la posición original de Viñas con respecto a los demás escritores analizados. Efectivamente, éste aporta una crítica al único sector que no sufre daños en las narraciones políticas del momento: el intelectual. Éste es culpable del silencio, de falta de comprensión nacional (particularmente entre los liberales) y de ambigüedad en los valores que detentan.

En conjunto, estamos ante un estudio de interesante y amena lectura, agudo y penetrante en muchos de sus juicios y que, a pesar de la tentación sociologizante, no olvida lo literario en sí. Los diversos comentarios de textos desgajados de las novelas dan fe de ello.

Por otro lado, *El peronismo en la narrativa argentina* puede atraer no sólo al estudioso de la literatura, sino también a quien esté interesado en el proceso histórico de la Argentina. Como anota el autor, «el rescate para el futuro de los *sentimientos* de una época, las *vivencias* de un periodo, la intimidad de un mundo tan pronto muy lejos de nosotros, sólo puede ser obra de la literatura y no de la historia, ni de la crónica más minuciosa» (p. 251).

Javier de Navascués
Universidad de Navarra

La adquisición de las lenguas extranjeras. Hacia un modelo de análisis de la interlengua, compilación de Juana Muñoz Liceras, Madrid, Visor, 1992, 310 pp.

A pesar del creciente interés suscitado recientemente en España por la lingüística aplicada, que ha llevado al desarrollo de programas de enseñanza de lenguas segundas en general y del español en particular, continúan siendo prácticamente inexistentes los tratados sobre la adquisición de lenguas extranjeras escritos en español o las traducciones de obras de otros idiomas. Es fundamentalmente en este contexto donde la compilación llevada a cabo por Juana Muñoz Liceras adquiere su mayor interés.

Muñoz Liceras reúne en este libro una serie de artículos, fielmente traducidos al español por Marcelino Marcos, que han establecido conceptos sobre los que se han constituido los fundamentos de esta disciplina, caracterizada por una rápida y progresiva superación de sus teorías, motivada quizá por su breve «historia». Los